

Misterio en el cementerio

Y otras historias inquietantes

Beatriz Actis

ILUSTRACIONES DE
JOAQUÍN SILVA

Coordinadora de Literatura: Karina Echevarría
Autora de secciones especiales: María Soledad Silvestre
Corrector: Mariano Sanz
Coordinadora de Arte: Natalia Otranto
Diagramación: Karina Domínguez

Actis, Beatriz
Misterio en el cementerio / Beatriz Actis ; ilustrado por Joaquín Silva. - 1a ed. - Boulogne :
Estrada, 2018.

96 p. : il. ; 19 x 14 cm. - (Azulejos. Serie Naranja ; 66)

ISBN 978-950-01-2219-1

1. Narrativa Infantil Argentina. I. Silva, Joaquín, ilus. II. Título.
CDD A863.9282



COLECCIÓN AZULEJOS - SERIE NARANJA

66

© Editorial Estrada S. A., 2018.

Editorial Estrada S. A. forma parte del Grupo Macmillan.

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Internet: www.editorialestrada.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Impreso en Argentina. / Printed in Argentina.

ISBN 978-950-01-2219-1

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Índice

La autora y la obra	5
Biografía.....	7
El género del terror	8
Narrar lo inquietante.....	9
La obra	11
“Triste historia de un jinete”	13
“Lo desconocido”	23
“Séptimo hijo varón”	47
“Al aire libre”	57
“Misterio en el cementerio”	75
Actividades	85
Actividades para comprender la lectura	86

Actividades de producción de escritura.....	88
Actividades para relacionar con otras asignaturas.	90




**La autora
y la obra**

**BIO-
GRAFÍA**

BEATRIZ ACTIS nació en 1961, en Sunchales, provincia de Santa Fe. Actualmente vive en Rosario. Es profesora en Letras, editora y especialista en promoción de la lectura y enseñanza de la literatura. Escribió libros sobre literatura y educación,

y más de treinta libros de literatura para niños y para adultos, entre otros *Criaturas de los mundos perdidos*, *Lágrimas de Sirena* y *Para alegrar al cartero*. En esta misma colección, publicó una versión de *Alicia en el país de las maravillas*; otra de *Alicia a través del espejo*, ambos de Lewis Carroll, y algunas de cuentos tradicionales de los hermanos Grimm.

Ha escrito artículos periodísticos sobre temas de cultura para diversos diarios de Rosario y Santa Fe. Fue becaria del Fondo Nacional de las Artes y jurado en distintos concursos literarios.



El género del terror

El género del terror se define principalmente por el efecto que provoca en el lector: el miedo, la inquietud o la incertidumbre frente a lo narrado. El ser humano experimenta temor frente a lo desconocido, frente a lo que pone en peligro su existencia o lo que resulta inexplicable y en algún aspecto amenazador. Los orígenes del género del terror se remontan a los orígenes mismos del miedo. Sin embargo, muchos autores creen ver el inicio del terror en el gótico. Este género surge a fines del siglo XVIII y tiene características bien definidas. Se ambienta en grandes castillos oscuros y a veces semi abandonados, presenta personajes monstruosos o sobrenaturales y desarrolla situaciones que generan miedo. Ejemplos de literatura gótica son las novelas *Frankenstein*, de Mary Shelley, y *Drácula*, de Bram Stoker.

Posteriormente, el género del terror fue explorando nuevos temas relacionados con la psicología y la percepción de elementos sobrenaturales. Edgar Allan Poe, por ejemplo, fue uno de los autores más destacados del siglo XIX.

Hoy en día, el terror sigue siendo un género muy popular y autores como Stephen King han escrito numerosas historias que provocan esa particular sensación en sus lectores.



Narrar lo inquietante

Dentro del género del terror, lo inquietante se manifiesta como un temor más sutil. Ya no se trata de un monstruo, un fantasma o un suceso absolutamente sobrenatural que sorprende al lector. Lo inquietante se muestra como un hecho que sale discretamente de lo normal y que genera en quienes lo perciben una extraña sensación de incomodidad.

¿Qué cosas nos inquietan? Todo aquello que se sale de lo esperable. Por ejemplo, es esperable que al mirarnos al espejo nos veamos reflejados, pero... ¿y si nuestro reflejo llegara un segundo más tarde? Es esperable que todos proyectemos una sombra, pero... ¿y si la sombra hiciera un movimiento diferente al nuestro? Estas pequeñas percepciones de un desorden en lo esperado son las que nos generan inquietud.

Para narrar lo inquietante, el autor suele partir del realismo y de un relato de lo cotidiano. Todo parece normal. Pero entonces, algo se vuelve extraño, sutilmente diferente a lo esperado: un gato nos mira fijo en lugar de ignorarnos al pasar, encontramos un mensaje que coincide con un presagio o un hormiguero crece hasta generar nos la idea de una invasión premeditada de hormigas. Así nace lo inquietante.

Misterio en el cementerio

Y otras historias inquietantes

Beatriz Actis

Triste historia de un jinete

El hombre del que voy a contarles una historia era, verdaderamente, un hombre malo. Nadie sabía bien por qué. Parece que a veces ni siquiera hace falta algún motivo para serlo: haber sufrido en la niñez, o haber recibido un golpe fuerte en la cabeza, o haber nacido un martes trece o en una noche de tormenta. Era malo porque era malo nomás.

Este hombre vivía en la isla del Alto Verde, que es muy grande y está poblada de sauces y de pájaros que cantan desde el amanecer hasta el crepúsculo; una isla que queda justo enfrente del puerto de Santa Fe y a la que se puede llegar cruzando un riacho.

Este individuo no tenía ni nombre siquiera. Era tan malhumorado y violento que todos se habían olvidado de cómo se llamaba y temían que, ante la menor intención de dirigirle la palabra (y, por ejemplo, preguntarle su nombre), el Viejo —porque así lo llamaban con temor y con desprecio— les voltease la cara de una escupida o mucho peor: de un rebencazo.

Y el caballo que tenía... Un zaino nervioso, de pelo brillante, que respondía al sugestivo nombre de Mandinga¹. Porque había que verlo al animal paseándose por los caminitos sinuosos de la isla, con la soberbia del que se sabe guiado por un hombre temido. Sinceramente, era verlo y pensar que ese potro no podía llamarse de otra manera más que Mandinga.

El Viejo se dedicaba a la caza. Lo que cazaba eran carpinchos sobre todo, y vendía los cueros en el pueblo, aunque a veces también los cambiaba en el boliche por azúcar, por alcohol o por yerba. Y dicen que cuando este hombre malo, sobre quien les estoy contando una historia, cazaba carpinchos, era terriblemente despiadado y cruel.

Cuando el Viejo volvía del boliche, por la madrugada, y cabalgaba rumbo a su casa —que estaba en el extremo más solitario y alejado de la isla— recorría siempre el mismo camino. Todos en el Alto Verde lo sabían. Acicateaba al zaino con su fusta violenta cada vez, y el zaino era una ráfaga de furia en el medio de la noche, las crines brillando con la luna.

En ese trayecto repetido, cerca de la costa, en un montecito tupido de sauces, timboes y ceibos, el jinete tenía que

1 En América, el diablo.

agacharse para pasar por debajo de una rama gruesa como un tronco que atravesaba el camino.

Se oía resonar entonces en el medio de la brisa el galope del caballo zaino, y podía adivinarse el movimiento preciso del Viejo al inclinar la cabeza para esquivar la rama. Después se escuchaba el galope cada vez más lejano que indicaba que el Viejo había esquivado con éxito la rama y que seguía azotando con el látigo el camino y el caballo, rumbo para el lado de su rancho.

La noche en que sucedió lo que sucedió, es decir, la historia pavorosa que —me van a disculpar— les tengo que contar, los vecinos de la isla estaban reunidos en el patio de la capilla porque celebraban la fiesta del Santo Patrono. Meta baile y meta trago, se imaginan; hasta el cura párroco se animó a bailar un chamamé. La luna iluminaba la reunión, igual que los farolitos de colores, y todo lo que se escuchaba eran las risas, las guitarras y los acordeones, y un cantor que a veces cantaba y a veces recitaba coplas llenas de picardía.

De pronto se hizo un silencio en el medio de la fiesta. Fue como si todos se hubiesen puesto de acuerdo en que tenían que callarse y dejar de cantar y de bailar, y fue también como si el aire se espesara en un instante.

